

13ºD.TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS 5,21-43.

En aquel tiempo Jesús atravesó de nuevo a la otra orilla, se le reunió mucha gente a su alrededor, y se quedó junto al lago. Se acercó un jefe de la sinagoga, que se llamaba Jairo, y al verlo se echó a sus pies, rogándole con insistencia:

- Mi niña está en las últimas; ven, pon las manos sobre ella, para que se cure y viva.

Jesús se fue con él, acompañado de mucha gente que lo apretujaba.

Había una mujer que padecía flujos de sangre desde hacía doce años. Muchos médicos la habían sometido a toda clase de tratamientos y se había gastado en eso toda, su fortuna; pero en vez de mejorar, se había puesto peor. Oyó hablar de Jesús y, acercándose por detrás, entre la gente, le tocó el manto, pensando que, con sólo tocarle el vestido, curaría.

Inmediatamente se secó la fuente de sus hemorragias y notó que su cuerpo estaba curado.

Jesús, notando que, había salido fuerza de él, se volvió en seguida, en medio de la gente, preguntando: - ¿Quién me ha tocado el manto?

Los discípulos le contestaron:

- Ves cómo te apretuja la gente y preguntas: «¿quién me ha tocado?»

El seguía mirando alrededor, para ver quién había sido. La mujer se acercó asustada y temblorosa, al comprender lo que había pasado, se le echó a los pies y le confesó todo. Él le dijo: - Hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y con salud.

Todavía estaba hablando, cuando llegaron de casa del jefe de la sinagoga para decirle:

- Tu hija se ha muerto. ¿Para qué molestar más al maestro?

Jesús alcanzó a oír lo que hablaban y le dijo al jefe de la sinagoga:

- No temas; basta que tengas fe.

No permitió que lo acompañara nadie, más que Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago. Llegaron a casa del jefe de la sinagoga y encontró el alboroto de los que lloraban y se lamentaban a gritos. Entró y les dijo:

- ¿Qué estrépito y qué llores son éstos? La niña no está muerta, está dormida.

Se reían de él. Pero él los echó fuera a todos, y con el padre y la madre de la niña y sus acompañantes entró donde estaba la niña, la cogió de la mano y le dijo:

- Talitha qumi (que significa: contigo hablo, niña, levántate).

La niña se puso en pie inmediatamente y echó a andar -tenía doce años-. Y se quedaron viendo visiones. Les insistió en que nadie se enterase; y les dijo que dieran de comer a la niña.

VENCIENDO TODA MUERTE

El Evangelio de este domingo nos presenta dos prodigios hechos por Jesús, describiéndolos casi como una especie de **«marcha triunfal hacia la Vida»**. Se trata de dos relatos entrelazados con un único centro: **«la fe»**. En ellos se muestra a Jesús como **«fuente de Vida»**, como Aquél que vuelve a dar la vida **«a quien confía plenamente en Él»**.

Esto es lo que quiere reflejar el evangelista con este viaje de Jesús desde la orilla del lago hasta la casa de Jairo. En el camino, una mujer lo toca y se cura de una penosa enfermedad incurable. Al llegar a la casa encuentra muerta a la muchacha; sin inmutarse, le toma la mano y le dice **«¡Niña, levántate!»**, como poco antes le había dicho al mar **«¡Silencio, cállate!»**. De nuevo, hay estupor, **«¡no sólo el mar lo obedece, también la muerte!»**

Hoy somos llamados a **«renovar nuestra fe en Jesús que salva»**, Señor de la vida y de la muerte. **«La salvación»** es pues la nota dominante, una salvación que no se limita, a la mente, al corazón o al alma, sino que abraza íntegramente a toda la persona y a todas las personas. La salvación de Jesús **«es para todos»** y en cualquier circunstancia. Dios no quiere nada malo para ningún ser humano. Aunque las limitaciones sean inherentes a nuestra condición de criaturas, la salvación de Dios forma parte de un **«rango superior y más pleno que cualquier limitación»**.

Dios, por medio de Jesucristo, ha retomado en su mano la suerte del ser humano, manifestándose como aquello que en realidad es, **«Dios de vivos y no de muertos»**, el Dios que hace triunfar la vida y que preserva la existencia de sus criaturas.

Y todo esto «no lo hace eliminándoles la enfermedad, el deterioro y la muerte», sino rescatándolas, «abriendo en ellas una puerta a la vida». Un día la muerte no existirá más, ni el luto, el lamento o la angustia. El último enemigo, la muerte, será aniquilado.

Esta es la promesa que trata de expresar Jesús con sus numerosos signos, convirtiendo sus milagros en otros tantos «sacramentos de la esperanza». Esperanza que nos acredita el propio Jesús que recorrió completamente el camino del dolor y de la muerte; «Él paso por la muerte y ahora, lo sabemos, está vivo». «Jesús venció a la muerte». Todo esto tiene sentido sólo en la fe. «Tu fe te ha salvado», que le dice Jesús a la mujer enferma. También hoy, lo que puede salvarnos es «nuestra fe vivida en la esperanza»

Toda ideología terrenal se detiene ante este «límite oscuro» que es la muerte. La muerte, por lo general, se ignora. Sin embargo, no parece tener mucho sentido liberar a la persona de toda opresión, miseria o injusticia, si después «se la deja sola, sin esperanza, frente a la muerte». ¿Acaso no es como acompañar a alguien hasta el momento de la ejecución, tratando de distraerlo a lo largo del camino?

Sólo la fe puede ir más allá y llevar a la persona de la mano hasta ese paso extremo «serenando sus pensamientos». San Pablo dice: «¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la muerte? Nosotros venceremos todas estas cosas». San Francisco, por su parte, saluda a su muerte desde lejos, llamándola hermana: «Alabado seas, Señor mío, por nuestra hermana, la muerte corporal».

Cada vez que la muerte toque a alguno de los que nos rodean, «seguiremos llorando» por él y por nosotros mismos, pero desde la fe será un llanto distinto, un llanto de aceptación de la voluntad de Dios, que por encima todo nos ama y nos protege.

Jesús es el Señor y delante de Él la muerte física es como un sueño; no hay motivo para la desesperanza. Otra es la muerte a la que tener miedo, la del corazón endurecido por el mal. ¡De esa, sí que tenemos que tener miedo! Esa es «la muerte del corazón».

Pero incluso el pecado, incluso un corazón momificado, para Jesús nunca sería la última palabra, porque Él nos ha traído la infinita misericordia del Padre. E incluso si hemos caído, su voz tierna y fuerte nos dice: «Yo te digo: ¡Levántate!».

Es la salvación de Jesús que siempre libera, que «nos libera del pecado y del miedo de vivir y de morir». Es la fuerza de Dios que Jesús nos reveló y que está al alcance de todos. Lo único que tenemos que hacer, es «dejar que Dios actúe en nosotros», «apostando por Jesús de Nazaret», por sus criterios y valores, el camino a «la verdadera felicidad». La apuesta por la felicidad del mundo, la felicidad basada que todo salga bien, no es posible, siempre fracasa.

Quienes apuestan por Jesús de Nazaret no entienden «la felicidad» como algo externo sino como una «satisfacción interior» más fuerte que la alegría o la tristeza que les deparan los acontecimientos. Tampoco entienden la vida como una búsqueda de las propias satisfacciones sino como «la misión de evitar en lo posible el dolor de los demás». Y, por último, no pretenden entender ni condicionar a la Providencia Divina, sino que dejan su vida en sus manos, sabedores de que «el Padre sabe bien los porqués de sus acciones».

Así, la búsqueda de la felicidad se transforma. Ya no se busca simplemente sentirse a gusto porque todo nos salga bien, sino «sentirse bien por tener sentido, misión y confianza en el amor del Padre», a pesar de las miserias del mundo. ¡Que así sea!

